

SERMON ⁽¹⁾

DE SAN CECILIO, PATRON DE GRANADA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Ego elegi vos... ut eatis et fructum afferatis.

Yo os elegí... para que vayais y lleveis fruto.

S. Juan, c. 15, v. 16.

Ilustrísimo Señor,

Estas notables palabras intimadas por Jesucristo á sus apóstoles en ocasion de encargarles el ministerio del reino de Dios, y de darles reglas fijas para recoger el fruto de su predicacion, á pesar del odio y persecucion de los mundanos; estas palabras, repito, al paso que nos manifiestan con claridad las previas disposiciones que el Señor exige en los que han de anunciar su Evangelio á los pueblos, para que la divina palabra produzca su fruto, nos presentan el fundamento del verdadero elogio del héroe cuya memoria celebramos. Hablo de san Cecilio, obispo y mártir de Granada, nuestro apóstol, nuestro patrono, nuestro tutelar.

Á pesar de la escasez de noticias que en el dia conservamos de su preciosa vida y trabajos apostólicos, le vemos revestido del verdadero carácter de ministro fiel de la palabra, que describe Jesucristo en las expresiones de mi tema. Una verdadera vocacion y una exacta correspondencia á ella son las dos indispensables calidades que Dios exige en sus ministros; y estas mismas son las que caracterizan á Cecilio. Esta será la materia de su elogio, dividido en dos breves reflexiones. En la primera os haré ver su legítima vocacion; y en la segunda su fidelidad al ministerio apostólico. Pidamos las luces del Espíritu santo

(1) *Predicado al cabildo de la catedral.*

por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave Maria.*

La sabiduría de Dios, cuyos designios y divina economía son impenetrables á la razon humana, para confundir las luces de los sabios y la prudencia de los políticos segun el mundo, hace á veces eleccion de personas, al parecer inútiles, para los altos fines á que las destina. En efecto, cuando se propuso la reforma del universo, sumergido á la sazón en las mas espesas tinieblas de error y de ignorancia en materia de religion y de costumbres, no hizo eleccion de personas ilustres, recomendables á la sociedad por sus talentos, su esfuerzo y sus riquezas; sino de unos pobres pescadores, ignorantes, sin política, bárbaros, como los llama el Crisóstomo, é ineptos segun las miras humanas, para avanzar una conquista tan difícil. Mas como las obras y designios del Señor distan infinitamente de los del hombre, su misma eleccion sirve de base al acierto en el desempeño del ministerio á que Dios destina al sugeto.

Por falta de esta eleccion de parte del Señor se ven de ordinario frustrados los planes de la humana política, confundida la sabiduría de los sabios segun la carne, y trastornado el orden de la sociedad. Esta consiste en un cuerpo organizado, cuya economía no puede subsistir sin que sus diferentes miembros ocupen el lugar que les corresponde segun las miras de la Providencia, que prescribe á cada uno su grado y sus funciones. En esta hipótesi será un cuerpo sano y robusto, cuyas partes colocadas con analogía á sus usos conservarán una entera armonía, se auxiliarán mutuamente, y mirarán de acuerdo á la conservacion del todo. Desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el ínfimo plebeyo, todos contribuirán al bien de la sociedad. El príncipe será obedecido de sus vasallos, y él mismo obedecerá las leyes. El ministerio apoyando las intenciones del gobierno trabajará por su gloria y por la felicidad de los pueblos. Las escuelas públicas bajo la direccion de maestros elegidos por el cielo, difundirán por todas partes el gusto de las ciencias y el amor á la virtud. El afecto al príncipe y á la patria hará mirar la milicia como una escuela de honor. El comercio, semejante á estos rios caudalosos, que fertilizan las campiñas, llevará por todas partes una feliz abundancia. Las artes útiles proveerán á las necesidades del

ciudadano. Se darán los empleos con respecto al mérito. En una palabra, los talentos y la virtud serán la única escala para la exaltacion.

Por el contrario, si los hombres resisten el orden de la Providencia; si para elegir estado, dice un sabio, toman solo consejo del capricho, del interes ó las pasiones; si las manos formadas para las armas se apoderan del incensario; si manda los ejércitos el que debia ser pastor de los pueblos; si los oráculos de justicia se confían á lenguas destinadas al silencio; si las escuelas son dirigidas por maestros solo á propósito para engrosar el vulgo; si los que nacen para obedecer se apoderan de la autoridad, ¿qué podrá resultar sino un caos, una confusion, un trastorno general? Basta en efecto que el hombre se ingiera á ministerio á que Dios no le llama, para que yerre en su ejecucion, y que en lugar de edificar destruya.

Por este principio universal de vocacion al estado, debemos pues formar idea de la eleccion para fiel dispensador de los misterios de Dios; porque aunque todo sacerdote deba segun el Apóstol ser tomado de entre los hombres, es necesario que sea llamado por el Señor como Aaron. La vocacion de Jesucristo al sacerdocio es el modelo de las vocaciones legítimas. El Salvador, dice san Pablo, no entró por su propio movimiento en el honor del sacerdocio; pues como el pontífice del antiguo Testamento no entró sino llamado por Dios, tampoco el pontífice de la ley nueva quiso recibir esta gloriosa cualidad sin haber ántes oído: tú eres mi Hijo muy amado.... tú eres el eterno sacerdote segun el orden de Melquisedec. Corresponde pues exclusivamente á Dios, que escruta los corazones, que es solo el que conoce los que son suyos, y el único que penetra los pensamientos de los hombres, la eleccion y vocacion de los dispensadores de sus misterios y palabra. Y hé aquí, señores, el fundamento y primer título del heroísmo de nuestro patron san Cecilio, fundador de esta metrópoli,

Santiago el mayor, este hijo del trueno (apelacion que le dió Jesucristo), en su rápida expedicion á España, despues de la venida del Espiritu santo sobre el colegio apostólico, entre otros varios discípulos que convirtió á la fe del Salvador, fué uno san Cecilio. Despues del gran suceso del pilar de Zaragoza, partió á Jerusalem con su maestro, á quien llamaba Dios á la corona del martirio. Aquí fué testigo de la gloriosa y temprana

muerte de aquel apóstol en defensa de la religion del Crucificado; y aquí parece que como otro Elías á Eliseo, dejó su doble espíritu Santiago á Cecilio. Pasado algun tiempo, se transfirió á Roma con algunos de sus condiscípulos, estando ya en aquella capital del mundo los apóstoles san Pedro y san Pablo. Ordenáronle y consagráronle obispo con otros seis varones apostólicos, y todos fueron destinados á España á evangelizar el reino de Dios. Cecilio oye la voz del Señor como otro Samuel, y obedece como otro Saulo.

Dióse bien presto á la vela para Andalucía. Arribó al puerto de Almería ó al de las Águilas, y marchando con pasos de gigante, procuró internarse á buscar el centro de su mision apostólica. Llegó á la famosa colonia Acci, hoy Guadix. Aquí empezó su carrera y su persecucion. Celebraban los gentiles á la sazón su fiesta á Marte ó al Sol, bajo el nombre de *Neton*; y conociendo que los apostólicos eran extranjeros y de extraña religion, los persiguieron para quitarles la vida. Pero habiendo llegado al famoso puente que estaba sobre el rio *Fardes*, dispuso la divina Providencia que se hundiese, sumergiendo en sus aguas á los perseguidores, apénas pasaron los apostólicos, como las del mar Rojo á los egipcios que perseguian al pueblo de Dios. De resultas obró el Señor la conversion de Luparia, matrona principal, á cuyo ejemplo se convirtieron otros muchos, y empezó á brillar en Guadix la fe del Salvador por medio de sus obreros.

Aquí se dividieron estos varones apstólicos cada uno al distrito que el espíritu de Dios le sugirió; y todos á excepcion de san Segundo, que pasó á Ávila, se derramaron por la Bética ó Andalucía. Dios que los habia llamado al ministerio de su palabra, inspiró á cada uno su diócesis ó territorio en estas vastas provincias, no ménos feraces en errores y vicios que en frutos y riquezas. Á Cecilio le tocó Granada y su distrito; y como ciervo que busca presuroso las fuentes de las aguas, marcha para ella. Las montañas mas ásperas y escarpadas le parecen espaciosas llanuras sembradas de olorosas flores.

Entra pues en Ilíberi, ciudad populosa, literata en materia de mitología, y que con el motivo de haber arribado á sus costas tantas naciones extranjeras, atraídas de la riqueza de sus minas y fertilidad de su suelo, habian adoptado sucesivamente el culto, ritos y falsas divinidades de los fenicios, de los grie-

gos, egipcios, cartagineses y romanos. Osiris, Ísis, Príapo, Pluton, Marte, Vénus, Rea, Diana y otros insulsos personajes eran objeto de su culto. Qué mas? los ajos, las cebollas, los mas viles insectos eran divinizados, y aun al demonio mismo se ofrecian víctimas humanas. Las costumbres seguian el paso de la religion. La rapiña, el dolo, la ambicion, la avaricia y demas vicios capitales se graduaban de materia indiferente ó de la moda, como en nuestros dias. Todo era lícito ménos el ser justos. Al cultivo de esta selva llena de malezas, de esta viña inculta, que solo producía espinas y abrojos de los mas horrendos crímenes, envió el gran Padre de familias á este obrero, á evangelizar su reino y recoger su fruto; y aquí fué donde Cecilio manifestó su fidelidad á la vocacion de Dios.

Cecilio entra en Ilíberi como un cordero entre lobos; pero fiel á su vocacion, fiado únicamente en aquel que prometió palabras y energía á los que evangelizan su doctrina, sin temer á los que solo tienen potestad sobre el cuerpo, salió desde luego á manera de un rio caudaloso que inunda y fertiliza las campiñas, á sembrar el grano del Evangelio en los incultos campos de esta capital y su distrito. ¡Qué hermosos fueron, mi Dios, los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Los oráculos enmudecen, los ídolos caen por tierra como á la entrada de Jesucristo en Egipto, la usura, la mala fe, los vicios capitales, ó se ocultan ó desaparecen; el estandarte del Crucificado se enarbola sobre las ruinas de la idolatría; y la mansion de los demonios se convierte en casa de Israel; el pueblo que yacía en tinieblas empieza á gozar de la verdadera luz, que es Dios.

¿Mas quién será capaz de anunciar dignamente la fidelidad de Cecilio á su vocacion, los esfuerzos de su celo y su constancia en hacer cierta y fructuosa su eleccion al ministerio? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo? que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? Hecho todo para todos como otro Pablo, trabajaba sin cesar en el cultivo de esta viña silvestre que el Señor le habia confiado, para rendirle el fruto á su debido tiempo, como siervo fiel y prudente; y nada deseaba tanto como ser anatematizado por sus hermanos.

¡ Víctima preparada del celo! lograrás tus designios: morirás

con la gloria de mártir de Jesucristo; pero tendrás ántes la gloriosa satisfaccion de haber establecido entre las malezas del gentilismo una viña fructífera, una metrópoli cristiana, que ha permanecido visible y constante en la fe del Salvador desde su fundacion, á pesar de la entrada de los bárbaros del norte y de la inundacion de los mahometanos, que poseyeron esta capital cerca de ocho siglos. Sobre tan sólidas bases la dejó Cecilio fundada. Efecto consiguiente de su vocacion, para decirlo así; pues el mismo que le eligió para recoger el fruto de su palabra, le concedió la gracia que fuese permanente. *Ego elegi vos.... ut fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

Á la solidez y permanencia de este edificio espiritual contribuyó no poco el ilustre testimonio que dió de Jesucristo con su sangre. Los sacerdotes de los ídolos conspiraron contra Cecilio y su Cristo, le persiguieron, le acusaron al magistrado, y le hicieron morir en una hoguera; martirio análogo al fuego del amor de Dios y de su verdadera fe, que interiormente le abrasaba.

Hé aquí, Ilmo. Señor, un breve rasgo del precioso apostolado y frutos de vida eterna que recogió Cecilio en Granada. Llamado por Dios al ministerio, correspondió con fidelidad á su vocacion: medios únicos de adquirir y conservar el honor del santuario. Si generalmente se adoptasen, habria ménos Balaanes que procurasen maldecir al pueblo de Dios, ménos Jonadaes que indujesen á horrendos crímenes á los nuevos Amnones; ménos Aquitofeles que adulasen á los Absalones; ménos Artajerjes que se opusiesen al culto y reparacion de los templos. Ni veríamos con dolor tantos Datanes y Abirones, tantos hijos de Helí, tantos Heliodoros que sacrílegamente los roban y profanan. Atendamos pues, os ruego, á la piedra de donde fuimos cortados: si nos gloriamos de hijos de Abrahan, que sean de Abrahan nuestras obras: hagamos cierta nuestra eleccion y vocacion al sacerdocio con un celo digno de Dios, principalmente en estos dias lúgubres en que nuestra madre la Iglesia es batida en brecha por sus mas furiosos enemigos, hagamos frente con pecho apostólico al torrente de iniquidad que nos rodea, y conservemos fieles (á imitacion de Cecilio) el sagrado depósito de la fe y sana doctrina de nuestros padres hasta agonizar por la justicia. Amen.